

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Dime para quién escribes

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1999). Dime para quién escribes. La madriguera. (14):59-59.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41731>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
Dime para quién escribes

Autor/es:
Nuño, Ana

Citar como:
Nuño, A. (1999). Dime para quién escribes. La madriguera. (14):59-59.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/41731>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



Dime para quién escribes...

La Madriguera –quienes la hayan seguido en su año de existencia no lo ignoran– es un escondrijo, un refugio, un lugar aparte. ¿Para qué sirve una madriguera? Sobre todo, ¿por qué meterse en una, en un mundo como el de hoy, en el que a tantos parece importar todo lo contrario: exhibirse en público, mostrar su fuerza, hacerse con un nicho bien visible en la fachada de alguno de nuestros medios de comunicación? ¿Por qué esta vocación, si no de clandestinidad, sí de apartamiento? Y si de algo nos apartamos, ¿a qué nos arrimamos?

La respuesta es banal, pero lo es tanto, que se nos vuelve a veces transparente, invisible: en **La Madriguera** nos arrimamos al público. Entiéndase esta palabra con algunas inflexiones y epítetos: al público cinéfilo, al público público, y también al no cinéfilo y privado, el que no va al cine ni a nada y tiene sus buenas razones para ello, pero que no le disgusta que le hablen de cine. Ciertamente no al público, que también lo es, de los hacedores: de cine, de opinión sobre el cine, de la industria periodística del cine. Y no por sectarismo o por ingenua nostalgia de alguna pureza ideológica, siempre peligrosa, antesala casi siempre de algún infierno ideológico. Tampoco nos arrimamos a ese público sin voz ni voto, ajeno a los arcanos de la programación o la distribución, por el estético placer de ensayar poses románticas. Sino por mera lógica, por evitar redundancias: los otros, los públicos públicamente autorizados, tienen ya sus ágoras y sus foros.

Lo que anima **La Madriguera** es la doble necesidad que sentimos quienes nos hemos metido en ella de no dejar de ser público y de hablar de cine desde esta posición, la del público. Y es una posición poco confortable, al menos en este país, para el público a secas, y mucho más para el cinéfilo. Para el que se dice un día –pongamos, el mediodía de un sábado–, ¿por qué no ir a ver la última película de Marion Hänsel? O la tarde de un viernes, ¿y si viéramos ese documental australiano del que nos han hablado tan bien y que estrenaron hace poco, dos o tres semanas atrás? Para ese público que aún se desplaza hasta una sala de cine –hay que ver en qué mundo vivimos, un mundo en el que ir al cine supone un esfuerzo titánico–, es difícil incluso ejercer esa nimia activi-

dad: querer ir a ver una película. Porque resulta que el público que se traslada, si es barcelonés, al remedo barato de Miami Beach que es la Villa Olímpica a ver Marion Hänsel, se topa en la taquilla con una amable joven que le anuncia que el proyector se ha dañado y que se ha anulado la sesión. Si el público es insistente, si de verdad quiere ver la última cinta de Marion Hänsel, volverá dos horas después a plantarse delante de la misma taquilla, donde la misma joven insistirá: el proyector sigue dañado y tampoco habrá función. Y si el público es ya un caso patológico y se atreve, una semana más tarde, a regresar a la horrenda marina de madrugada, porque la Hänsel entretanto, menos de un mes después de su presentación en sociedad, ha sido exiliada al territorio de las golfas, se llevará la grata sorpresa de descubrir que ni eso: la golfa ha sido expulsada de la cartelera. No nos detendremos en los infortunios del público que quiso ver el documental **Hatred**, de Mitzi Goldman, y corrió con pareja suerte: menos de tres semanas de cartelera en Barcelona.

Tal es la suerte del público barcelonés. Estremece pensar cómo será la del público de Logroño o, sin ir más lejos, de Girona. Quién duda que distribuidores y exhibidores tengan sus razones para tratar al público con esta mezcla de informalidad y desinterés por su suerte (modesta) de (modesto) público. Pero harían bien en ponderar las consecuencias de su... ¿cómo llamarla? ¿política? Si el público de las salas de cine desaparece, es decir, si se cansa un día de intentar vivir en el **presente** y se conforma con la **atemporalidad** del consumidor de videos, habremos perdido todos la parte de **humanidad** que llevan (¿llevaban?) consigo las películas. El punto final a estas melancólicas reflexiones lo pone Serge Daney: "Es cada día más difícil identificarse con las películas. Porque ahora ya no nos **encontramos** con ellas (como con estrellas fugaces), y porque ahora son ellas las que comienzan a parecernos: de reserva, en cassette, a la espera, bajo llave, vagamente presentes y siempre dóciles." ♦

Ana Nuño